

ROGELIO HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, *La formación del político mexicano. El caso de Carlos A. Madrazo*, México, El Colegio de México, 1991, 207 pp.

Entre las múltiples caracterizaciones que pueden hacerse de la trayectoria política de Carlos Alberto Madrazo, una en especial parece pertinente: fue un hombre a destiempo. Tal es, por lo menos, la impresión que deja al lector la biografía que del polémico tabasqueño ha escrito Rogelio Hernández. Su libro es un esfuerzo evidente por poner en alto el nombre de una de las más controvertidas figuras de la política mexicana entre los decenios de 1940-1970.

Hernández no ahorra tinta: describe ampliamente los inicios de Madrazo como líder estudiantil, su vertiginoso ascenso en la política nacional bajo el régimen cardenista, su gestión como gobernador de Tabasco, su presidencia en el PRI —marco de un frustrado experimento democratizador—, su gradual alienación de los círculos oficiales de poder y su trágica muerte, atribuyéndole una y otra vez extraordinaria sensibilidad social y capacidad política. Al hacerlo, no discrimina información y, en su afán por ofrecer un cuadro completo de la carrera de Madrazo, carga con nombres y fechas la parte medular del texto.

Ahora bien, el título del libro sugiere que la formación de Madrazo corresponde a la del político mexicano tradicional. Paradójicamente, éste es un supuesto que Hernández refuta con frecuencia al exponer, explícita o implícitamente, la singularidad de la trayectoria del tabasqueño. Y es ahí donde incurre en una evidente contradicción: ¿perteneció Madrazo a toda una generación de políticos radicales, como insinúa el título y concede la introducción, o fue más bien un caso excepcional en la política mexicana?

Quizá la singularidad de Madrazo fue haberse formado políticamente al lado de aguerridos radicales izquierdistas y, no obstante ello, sobrevivir cuando el conservadurismo llegó al poder. En ese sentido, Hernández consigue presentar una nueva faceta del político tabasqueño: Madrazo, el sobreviviente; el legado solitario, pero difícil de ignorar, de una ideología apenas compatible con la oficial. En efecto, “si en la trayectoria estudiantil de Madrazo puede observarse el ascenso cardenista, con su caída política se exhibe la victoria del conservadurismo” (p. 84). El autor acierta también al subrayar la diferencia entre la generación de políticos formada ante todo en ámbitos partidistas y bien arraigada en organizaciones populares —de la cual el joven tabasqueño fue una de las últimas muestras representativas— y la generación que le sucedió, cuya movilidad se basaba en la acumulación de experiencia en los escalones administrativos, más que en sus vínculos corporativos.

Hernández logra su objetivo de “mostrar los episodios en los que se desarrolla la participación política del tabasqueño” (p. 13), no así los otros fines señalados en su introducción. No consigue, por ejemplo, probar convincentemente que “las cualidades del político mexicano influyen de manera decisiva en los aspectos estructurales del sistema”. Por el contrario, demuestra la imposibilidad de que un individuo, aun tan capaz y “políticamente sensible”

como Madrazo, consiga reformas significativas en un sistema centralizado e indiferente a sus objetivos. Y la suposición de que "su trayectoria es una muestra de cómo los individuos pueden mejorar o cambiar las instituciones políticas a condición de que logren reconocer oportunamente los signos de ineficiencia que pueden provocar el descontento social" va quedando en entredicho a medida que se avanza en la lectura del libro.

Aunque la claridad no es siempre uno de los atributos principales del texto de Hernández, algo en él queda muy claro: la admiración por Madrazo. Es, creo, la motivación detrás de la investigación y, a fin de cuentas, el elemento que proporciona cohesión al texto. Sin embargo, tai vez la llevó demasiado lejos. En ocasiones hace de las fallas (precipitación, falta de tacto) virtudes (audacia, firmeza). Basta echar un ojo a otras obras escritas sobre el tabasqueño (en especial, Vasconcelos, *Madrazo. Voz postrera de la Revolución*, y Bossert, *The Study of a Democratic Experiment in Mexico*) para descubrir que la admiración no necesariamente engendra subjetividad. Tal vez la mayor falla de Hernández sea haber pasado de juez a abogado.

Ello no le impide, sin embargo, presentar la imagen del político, sus motivaciones y sus circunstancias de manera completa. *La formación del político mexicano* es un libro respaldado por una documentación amplia. Quizá sea en los detalles donde se pierde el lector.

Prescindiendo de lo anterior, la justificación del libro es más que válida: "...reconstruir [la vida política de Madrazo] es útil para ilustrar, por un lado, cómo se formaron los hombres que a su vez construyeron el partido del gobierno, y por otro, de qué manera esta peculiar trayectoria fue útil para identificar las fallas en el sistema e imaginar sus posibles reformas" [p. 9].

ÁNGEL GURRÍA QUINTANA